

de mercaderes : luego partimos para visitar á los tres jeques tributarios del emir Douhi.

Jeque Ibrahim me dijo que no tenia otro interés en quedarse entre los Beduinos que el de darme ocasion de estudiar mejor su lengua y costumbres ; — que era preciso, *para su comercio*, llegar hasta el Drayhy, — pero que era preciso que yo tomase apuntes exactos de sus nombres y de su número, que le era importante conocer.

Su modo de hablar es muy difícil de adquirir, aun para un Arabe, aunque en el fondo es la misma lengua. Dedicuéme á este estudio y no sin éxito : tambien obtuve en el discurso de nuestros largos viajes el nombre de todos los jeques, y la estadística de todas sus tribus, cosa que nunca habia podido hacerse hasta entonces ; al fin de mi viage daré su lista.

Las tribus numerosas tienen muchas veces que dividirse en destacamentos de doscientas y quinientas tiendas, y que ocupar un gran espacio para proporcionarse agua y pastos para sus ganados. — Recorrimos sucesivamente todos los campamentos esperando hallar los medios de hacernos conducir cerca del Drayhy que estaba en guerra con todos los del territorio de Damasco. En todas partes nos recibieron perfectamente.

En una tribu, quien nos ofreció la hospitalidad fué una pobre viuda. Para obsequiarnos, mató su último carnero y pidió pan prestado : dijonos que su marido y sus tres hijos habian muerto en la guerra contra los Wahabi, tribu muy terrible de las cercanías de la Meca. Habiéndole manifestado nuestro asombro de que se despojase por nosotros : — « El que entra en casa de un vivo, nos dijo, y no come en ella, « es como si visitase á un muerto. »

Una tribu ya considerable se habia formado recientemente del modo siguiente ; un Beduino tenia una hija hermosísima, que el gefe de su tribu le pidió en matrimonio, pero él no quiso concedérsela, y para sustraerla á sus tentativas de seduccion, huyó en secreto con toda su familia. Preguntando el jeque qué habia sido de el uno, le respondió: *Serah* (se ha ido). — *Serhan*, repuso (es un lobo), queriendo espresar así que era áspero de condicion, y desde entonces la tribu, de que aquel Beduino llegó á ser cabeza, se ha llamado siempre la tribu El Serhan (la tribu del Lobo). Cuando un Beduino es valiente y tiene buenos caballos, en poco tiempo se hace poderoso.

En fin supimos que habia llegado el Drayhy á Mesopotamia. Por entonces jeque Ibrahim tuvo

que ir á Damasco á buscar mercancías y dinero de que carecíamos igualmente. Allí trabamos conocimiento con un Beduino de una tribu de las orillas del Eufrates que se habia conservado neutral en el asunto de Nasser. Este Beduino, llamado Gazens el Hamad, habia pasado á Damasco con algunos otros á vender manteca : se obligó á cargar nuestros géneros en sus camellos y á llevarnos á la tienda del Drayhy, pero ah! no debíamos conseguirlo tan fácilmente. Apenas llegamos á Corietain para recoger nuestras mercancías, que habíamos dejado allí depositadas, recibimos la noticia de una victoria de Zaher, hijo del Drayhy, sobre Nasser, victoria que renovó la guerra con doble violencia : todas las tribus se pronunciaron por uno ú otro partido ; la del Salkeh, tribu de nuestro conductor, habia sido atacada por el Drayhy, que llevaba adelante sus triunfos con encarnizamiento, y nadie se atrevia á atravesar el desierto. El señor Lascaris se desesperaba ; no podia ni comer, ni beber, ni dormir ; en fin, exasperado hasta el extremo de verse detenido en sus proyectos, la pegó conmigo. Entonces le dije : « Ya es tiempo de es-
« plicarnos. Si quereis llegar adonde está el
« Drayhy para comerciar, la empresa es insen-
« sata y renuncio á seguirus : si teneis otros pro-
« yectos y motivos suficientes para esponer la

« vida, decidmelo y me hallareis pronto á sacri-
« ficarme por vos. » — « Pues bien, hijo mio,
« me respondió, voy á confiarme á tí ; sábeta que
« el comercio no es mas que un pretesto para
« ocultar una mision que se me ha dado en Pa-
« ris : estas son mis instrucciones, divididas en
« diez puntos :

- 1º Salir de París para Alepo.
- 2º Buscar en este pueblo un Arabe fiel y tomarle á su servicio en calidad de dragoman.
- 3º Perfeccionarme en su lengua.
- 4º Ir á Palmira.
- 5º Penetrar entre los Beduinos.
- 6º Conocer á todos sus jefes y ganar su amistad.
- 7º Reunirlos á todos en una misma causa.
- 8º Hacerles romper todo pacto con los Osmanlis.
- 9º Reconocer todo el desierto, las paradas, los sitios donde se hallan agua y pastos hasta las fronteras de la India.
- 10º Volver á Europa sano y salvo despues de haber cumplido mi mision.

— « ¿Y luego ? le dije... » — Pero me impuso silencio y me dijo : — « Acuérdate de nuestras
« condiciones ; de todo te iré instruyendo á me-
« dida que vaya siendo necesario. Bástete ahora

« saber que quiero llegar á la tienda del Drayhy
« aunque me cueste la vida. »

Esta media confianza me turbó como era natural y ahuyentó el sueño de mis ojos : hallar dificultades casi insuperables y no entrever mas que muy confusamente las ventajas de mi sacrificio, era situacion harto dura; mas con todo tomé la resolucion de ir hasta el fin, pues me habia obligado á ello, y no pensé mas que en los medios de salir airoso de mi empeño. Mi barba habia crecido : estaba perfectamente versado en el language de los Beduinós, y determiné ir solo y á pié á ver al Drayhy, pues este era el único medio de conseguirlo. Fuí á ver á mi amigo Wardi, el que me habia vuelto á la vida metiéndome en el vientre del caballo, y le comuniqué mi proyecto. Despues de haber procurado disuadirme de él, previniéndome que las fatigas serian grandes, que tendria diez dias de penoso camino, que tendríamos que escondernos de dia, que no podríamos llevar con nosotros mas que lo estrictamente necesario, viendo que no podia hacerme retroceder, se obligó á servirme de guia mediante una crecida suma de dinero. Cuando comuniqué mis proyectos al señor Lascaris, me hizo tambien amistosas objeciones sobre los peligros á que me esponia, pero sin embargo ví que en el fondo estaba muy contento de mí.

Arreglamos todos nuestros asuntos, quedé en escribirle por la vuelta de mi conductor apenas llegase adonde estaba el Drayhy, y ya estaba muy entrada la noche cuando nos acostamos. Yo estaba muy agitado y de ello se resintió mi sueño, tanto que desperté al señor Lascaris. Soñaba yo que hallándome en la cima de una escarpada peña, á cuyo pie corria un rápido rio que no podia atravesar, me tendí á la orilla del precipicio, y que de repente un arbol echó raices en mi boca ; que crecia y estendia sus ramos como una tienda de verdura, pero creciendo me desgarraba la garganta, sus raices penetraban en mis entrañas, y el dolor me arrancaba violentos alaridos. Cuando conté mi sueño á jeque Ibrahim, se admiró, y me dijo que era de excelente agüero, y que me anunciaba un gran resultado despues de muchos afanes.

Era preciso que me cubriese de andrajos para no escitar ni las sospechas ni la codicia si llegaban á vernos. Voy á describir mi arreo de camino : — una camisa de algodón muy tosca, toda remendada ; un gombaz sucio y roto, un café muy viejo con un pedazo de lienzo, que fué blanco, por turbante ; una capa de piel de carnero que habia perdido la mitad de su lana, y unos zapatos que á fuerza de piezas y composturas pesaban cuatro libras ; á mas un cintu-

ron de cuero, del que pendia un cuchillo de dos filos; avios de echar yescas, un poco de tabaco y una pipa: me tizné toda la cara, y cuando me presenté con esta facha á jeque Ibrahim para despedirme de él, se echó á llorar y me dijo: « ¡Dignese el Señor darte fuerzas para llevar á cabo tu generoso intento! Todo lo deberé á tu perseverancia. El Todopoderoso te acompañe y te guarde de todo peligro; ciegue á los malos y te traiga con bien para que yo pueda recom- pensar-te! » No pude entonces contener mis lágrimas, pero pronto la conversacion tomó un giro menos triste, y jeque Ibrahim me dijo que si iba á París en aquel equipage, fácilmente podría ganar la vida enseñándome por dinero. Cenamos, y alanocheer, me puse en camino. Hasta media noche anduve sin cansarme, pero entonces empezaron á hinchárseme los pies, y como los zapatos me hacian daño, me los quité, pero entonces me lastimaban cruelmente los guijarros y las espinas de la planta que pastan los camellos. — Quise volverme á calzar, pero no pude, y aunque con gran trabajo, caminé hasta la mañana. Una pequeña gruta nos ofreció un abrigo para el dia: vendéme los pies, envolviéndolos en un giron que arranqué de mi vestido, y me dormí sin tener fuerzas para tomar ningun alimento. Todavía estaba durmiendo cuando me

llamó mi guia para partir, pero como tenia los pies tan hinchados, y me faltaba el ánimo, quise esperar al dia siguiente. — Mi conductor me echaba en cara mi debilidad: — « Ya sabia yo, me dijo, que erais demasiado delicado para un viage como este: bien os lo anuncié. Es imposible que nos quedemos en este sitio; si pasamos aquí la noche, tendremos que pasar tambien el dia de mañana, se nos acabarán las provisiones y nos moriremos de hambre en el desierto. — Mas vale renunciar á nuestra empresa y volvernos mientras es tiempo todavía. »

Estas palabras me reanimaron y partí: arrastréme á duras penas hasta cerca de media noche, y llegado que hubimos á un llano donde la arena formaba grandes ondulaciones, descansamos allí hasta el amanecer. La primera claridad nos hizo ver á lo lejos dos bultos que nos parecieron camellos: mi guia muy asustado abrió un agujero en la arena para escondernos, y en él nos enterramos hasta el cuello. En esta penosa situacion estábamos con los ojos fijos en los supuestos camellos, cuando hácia el mediodia, exclamó Wardi: « ¡Loado sea Dios! no son camellos sino ayestruces: » entonces salimos muy contentos de nuestro agujero, y por primera vez desde nuestra partida comí un poco de torta y

bebí una gota de agua. Allí nos quedamos hasta la noche, aguardando el instante de ponernos en camino: como estábamos entonces en medio de los arenales, sufría menos al andar. Pasamos el día siguiente durmiendo: nos hallábamos en frente de Palmira, al mediodía. El amanecer, despues de la cuarta noche, nos sorprendió en la orilla de un gran río llamado El Rabib, que corre del mediodía al norte; mi guía se desnudó, me llevó á cuestras hasta la otra margen y volvió á recoger sus vestidos. Quise descansar, pero me dijo que no sería prudente pararse en un sitio donde el río era vadeable, y en efecto, no habíamos caminado media hora, cuando vimos acercarse al río quinientos Beduinos bien montados que iban de levante á poniente. Habiendo encontrado unas matas, allí nos detuvimos hasta el anochecer. — La sexta noche nos llevó á algunas horas del Eufrates, y el séptimo día ya estaba hecho lo mas difícil; si no me hubieran atormentado tanto los pies, hubiera podido olvidar todas mis fatigas en vista del magnífico espectáculo de la salida del sol en las orillas de aquel hermosísimo río. Unos Beduinos hospitalarios, cuyo oficio es hacer pasar de una orilla á otra, nos llevaron á sus tiendas, donde por primera vez comimos muy bien: allí tomamos informes acerca del Drayhy, que se hallaba á tres días de

distancia entre Zaité y Zauer. — Acababa de ajustar la paz con el emir Fahed, imponiéndole un tributo; me hablaron mucho de su talento guerrero y de su formidable valor, de su intención de acabar con Mehanna y Nasser y de volver á su desierto junto á Bassora y Bagdad. Estas noticias eran las que yo mas podía desear, é inmediatamente hice mi plan. — Pedí un guía para llevarme adonde estaba el Drayhy, diciendo á los Beduinos que era un comerciante de Alepo, que tenía un corresponsal en Bagdad que me debía veinticinco mil piastras y que acababa de quebrar; que como la guerra entre los Beduinos había interceptado las comunicaciones, no había tenido mas recurso que aventurarme solo, é ir á ponerme bajo la protección del Drayhy para llegar á Bagdad donde estaba comprometido todo mi caudal. Aquellos buenos Beduinos hacían votos porque Alá me hiciese recobrar mi dinero, y el mismo Wardi se tomó mas interés en mi viage desde que comprendió toda su importancia. Despues de haber pasado el día examinando la tribu Beny-Tay, partimos al día siguiente bien escoltados, y nada interesante nos aconteció en nuestra marcha. El tercer día, al ponerse el sol, vimos las cinco mil tiendas del Drayhy, que cubrían el llano hasta cuanto alcanzaba la vista, rodeadas de camellos, de caballos y de rebaños

que ocultaban el suelo; jamas ví semejante espectáculo de poderío y riqueza. — La tienda del emir, en el centro, tenía ciento sesenta pies de longitud. — Recibióme muy cortesmente, y, sin hacerme ninguna pregunta, me propuso que cenase con él. Despues de cenar, me dijo: — « ¿De donde venis? ¿Adonde vais? » Respondíle como habia respondido á los Beduinos del Eufrates: — « Seais bien venido, repuso entonces; « vuestra llegada derrama mil bendiciones. Si « Dios quiere, lograréis vuestro intento; pero con « arreglo á nuestra costumbre, no podemos ha- « blar de negocios hasta despues de conceder tres « dias á la hospitalidad y al descanso. » Díle las gracias y me retiré. — Al dia siguiente despaché á Wardi con una carta para el señor Lascaris.

El Drayhy es hombre de unos cincuenta años, alto y de hermosa presencia, con poca barba y muy blanca: su mirada es altiva; pasa por el mas capaz de todos los caudillos de tribus: tiene dos hijos, Zaer y Sahdoun, ambos casados, y que habitan la misma tienda que él. Su tribu, llamada El Dualla, es numerosa y muy rica. — La casualidad me favoreció maravillosamente desde los primeros dias de mi llegada: el emir necesitaba un secretario; yo me ofrecí á serlo por el pronto, y no tardé en ganar su confianza con mis consejos, y con los informes que podia darle so-

bre las tribus que habia estudiado. Cuando le hablé de mi asunto, manifestó tanto sentimiento de verme partir, que hice como que cedía á sus instancias. — Entonces me dijo: — « Si quereis « quedaros conmigo, sereis como mi hijo: « cuanto digais se hará. » — Aprovechéme de su confianza para instarle á pasar el Eufrates, con el fin de acercarle á jeque Ibrahim, manifestándole lo mucho que podia ganar su influjo sobre las tribus del país, separándolas de Nasser; representéle los muchos regalos que tendrian que hacerle, el terror que inspiraría á los Osmanlis, y el daño que causaria á sus enemigos consumiéndoles sus pastos. Como aquella era la primera vez que salia del desierto de Bagdad para pasar á Mesopotamia, mis consejos y mis informes le eran muy provechosos y los siguió. La partida ofrecia un espectáculo soberbio; los ginetes iban delante en caballos de raza, las mugeres en *hau-dags* cubiertos de ricas telas, encima de los dromedarios, rodeadas de esclavas negras. Hombres cargados de provisiones recorrían toda la caravana gritando: « ¿Quien tiene hambre? » y distribuyendo pan, dátiles, etc. De tres en tres horas hacíamos alto para tomar café, y por la noche se levantaban las tiendas como por encanto. Seguíamos las orillas del Eufrates cuyas transparentes aguas brillaban como plata; yo iba caballero en una

yegua de pura sangre árabe, y todo el viage me pareció como una marcha triunfal que contrastaba grandemente con el que acababa de hacer recorriendo el mismo país, cubierto de harapos y con los pies ensangrentados.

El cuarto día, el emir Zahed nos salió al encuentro con mil ginetes, y hubo toda especie de juegos, á caballo y con la lanza: por la noche, el Drayhy, sus hijos y yo, fuimos á cenar á la tribu de Zahed. — Al día siguiente atravesamos el río y nos acampamos en el territorio de Damasco caminando siempre hácia poniente, y nos acampamos en El Jaffet, en el bajalato de Alepo. Estendióse rápidamente la voz de la llegada del Drayhy y recibió este una carta de Mehanna que empezaba por sus títulos respectivos y proseguía así: « ¡ En nombre del Dios muy misericordioso, « salve! Hemos sabido con sorpresa que habeis « pasado el Eufrates y que os entráis por las « provincias que nos han dejado nuestros proge- « nitores. ¿ Habeis creído que vos solo podriais « devorar el pasto de todos los pájaros? Sabed « que tenemos tantos guerreros que no podemos « conocer su número; además nos sostendrán « los valientes Osmanlís á quienes nada puede « resistir; por tanto os aconsejamos que os vol- « vais como habeis venido, ó de lo contrario,

« todas las desgracias caerán sobre vos y el ar- « repentimiento llegará tarde. »

Al leer esta carta, vi al Drayhy palidecer de cólera; sus ojos vibraban llamas. Después de un momento de silencio: — « Kratib, exclamó con « voz terrible, tomad la pluma y escribid á ese « perro! »

He aquí su respuesta: — « He leído vuestras « amenazas que no pesan un grano de mostaza. « Yo humillaré vuestra bandera y purificaré la « tierra de vuestra presencia y de la de vuestro « renegado de hijo Nasser. Por lo que hace al « territorio que reclamais, el sable decidirá esta « cuestión: pronto me pondré en camino para « esterminaros. Apresuraos, la guerra está de- « clarada. »

Entonces dirigiéndome al Drayhy: — « Tengo « un consejo que daros, le dije; sois extranjero « aquí, y no sabeis qué partido tomarán las tribus « del país. Mehanna cuenta con el afecto de los « Beduinos y el apoyo de los Turcos, y vos vais á « emprender la guerra sin conocer el número de « vuestros enemigos. Si sufris una primera der- « rota, todos se coligarán contra vos y no ten- « dreis fuerzas para resistir, con que así lo que « teneis que hacer es enviar mensajes á los jeques « de las cercanías para anunciarles que venís á « destruir las tiendas de Melkghem, para liber-

« tarlas del yugo de los Osmanlís y pedirles que se pronuncien. Conociendo así vuestras fuerzas, podreis compararlas con las suyas y obrar en consecuencia. » — « Verdaderamente sois hombre de buen consejo, » respondió el Drayhy encantado de mi idea. — « Yo no soy nada por mí mismo, repuse, y si algo sé es gracias á mi patron, hombre lleno de sabiduría y de experiencia, muy versado en los negocios, y el único capaz de daros consejos. Quedaríais encantado de él si le conocierais : estoy seguro de que si estuviera á vuestro lado, con ayuda de su sagacidad, llegaríais á ser el jefe de todos los Beduinos. » — « Ahora mismo voy á enviar cien ginetes á buscarle, » repuso al punto el Drayhy. — « Todavía estamos muy lejos, le dije : el viage sería demasiado dificultoso; cuando estemos mas cerca de Corietain, yo os le haré conocer. »

Temiendo por jeque Ibrahim algun mal encuentro, queria yo estar junto á él para conducirle, pues le tenia tanto cariño que me hubiera sacrificado mil veces por servirle.

Volvamos ahora á nuestro consejo de guerra. El Drayhy me dió una lista para escribir á diez de los principales jeques de las tribus : he aquí el tenor de su carta : — « He dejado mi pais por venir á libertaros de la tiranía de Nasser, que quiere subyugaros con la fuerza de los Turcos,

« cambiar vuestros usos y someteros á los Osmanlís. Yo vengo á declararle la guerra ; decid con franqueza si estais por él ó por mí, y que los que quieran ayudarme, vengan á reunirse conmigo. — ¡ Salve ! »

Despues de despachar diez caballeros con estas cartas, al dia siguiente avanzamos hasta el vasto y hermoso territorio de Chaumeric, á treinta horas de Hama. Despues de una breve ausencia, volvieron nuestros mensajeros : el emir Douhy y el jeque Sellame respondieron que se conservarían neutrales ; el jeque Cassem, deudo de Mehanna, se declaró por él ; las otras siete tribus vinieron á acamparse al rededor nuestro, prometiendo sus jeques al Drayhy dividir con él sus peligros hasta la muerte. Por nuestros espías supimos que Mehanna atemorizado habia enviado á Nasser á Hama, para pedir socorros á los Osmanlís. El Drayhy reunió inmediatamente su ejército, compuesto de ocho mil hombres, seis mil caballos y mil *deloulmardoufs*, es decir, mil camellos, montados cada uno por dos hombres armados con fusiles de mecha, y partió el cuarto dia, dejando orden á las otras tribus de que le siguiesen dentro de dos dias, á fin de escitar mas el valor de los guerreros en el combate con la proximidad de sus mugeres y de sus hijos. Quédeme con estos últimos y fuimos á